

EL NEGRERO

DRAMA LÍRICO EN CUATRO ACTOS

MÚSICA

del Mtro. S. AUTERI MANZOCCHI.

BARCELONA.

Calle de las Cortes, n.º 297, bajos.

1878.

EL NEGRERO

DRAMA LÍRICO EN CUATRO ACTOS

MÚSICA DEL

Mtro. S. AUTERI MANZOCCHI

Traducción de T. G.

PARA REPRESENTARSE

EN EL GRAN TEATRO DEL LICEO DE BARCELONA

en el otoño del año 1878.

BARCELONA.

RAMON GORCHS,
calle de las Cortes, n.º 207.

MADRID.

Librería de los Sres. Viuda é hijos de

D. JOSÉ CUESTA,
calle de Carretas, n.º 9.

1878.

ES PROPIEDAD DE D. TOMÁS GORCHS.

Imprenta Barcelonesa, Tapias, 4.

PERSONAJES.

JANO, viejo negrero.	Sr. Maini.
NEYDA, condesa de Nancy, que pasaba por hija de Jano. . . .	Sra. Rubini Scalisi.
CLETO, moro, esclavo de Jano.	Sr. Moriami, Gustavo.
HUGO, hijo adoptivo del difunto conde de Nancy.	Sr. Stagno, Roberto.
MARCOS { criados de Hugo. . . }	Sr. N. N.
LORENZO {	Sr. N. N.
UN MARINERO.	Sr. N. N.

ACTORES.

*Marineros, grumetes, esclavos de ambos sexos,
moros, criollos y blancos. — Gente del pueblo, franceses de
ambos sexos. — Tambores y banda popular. — Una jovencita.
Muchachos del pueblo.*

La acción pasa á fines del siglo XVIII. Los dos actos primeros en las Antillas. El acto 3.º y la 1.ª escena del 4.º en París. La última escena cerca de Calais.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Interior de una casa rica de colono en las Antillas.—A la derecha un balcon, cuya balaustrada está cubierta de flores.—A la izquierda la puerta de la habitación de Neyda.—En el foro la puerta de entrada.—Es de noche.

CLETO entra pensativo.

CLE. (*entre sí.*) Nó, no duermas, esclavo! En cuanto amanezca tienes que inclinar hácia la tierra la frente llena de sudor, ó doblar la espalda al rigor de los desapiadados azotes. Mas cuando la naturaleza duerme en las tinieblas, levántate, esclavo, olvida tu desventura, y no refrenes ya los latidos de tu corazón, que solo suspira por la libertad y el amor. (*Acercándose á la habitación de Neyda.*) Pero tú, vírgen celestial, ignoras este arcano de mi vida: yo velo llorando, y tú duermes tranquilo sueño.

Duerme, pues las estrellas brillan en el firmamento; duerme como las flores, que esperan para despertarse la venida de la aurora.

Tú eres una flor que meciéndote sobre un divino tallo, te trajeron aquí los ángeles; pero tu patria es el cielo.

Duerme, é ignora el íntimo voto que escondo en mi pecho; voto sagrado y ferviente que no me atrevo á declarar: Vivir á tus piés, y morir por tí.

Oigo pasos..... (Acercándose con cautela á la puerta de entrada.) Es mi amo: todas las noches vaga errante, y sin embargo está durmiendo.

JANO se adelanta pausadamente: en su sonambulismo no ve á CLETO, que espía sus movimientos y escucha todas sus palabras.

JANO. Alerta, marinero! El viento hinche las velas, y el barco va surcando velozmente las olas. ¡Qué tesoro contiene! Centenares de esclavos! Otro día más, y llega á salvo la presa. Alerta, marinero! ¿No ves un ligero buque, que se divisa allá en el horizonte? Dirige hácia nosotros la proa..... Ostenta la flor de lis francesa..... ¡Rayo del cielo! ¡es mi enemigo! Se acerca, se acerca; despertad la gente. No quede en un momento vestigio de esclavos: que no caiga vivo en sus manos uno solo de mis negros: ¡tráguenlos los abismos del ancho océano!

CLE. (entre sí.) ¡Qué horror!

JANO. Tres veces te ha sido propicia la suerte, conde de Nancy! Tres veces he arrojado al mar mis esclavos! Tú te figuras ser ángel de libertad, y lo eres de muerte!

Pero el vengativo negrero se lanza á través de las olas, vuela... y su ligero buque llega á la orilla. Es el

día de la venganza, y el negrero te arrebató hija y esposa, conde de Nancy! (Con voz apagada.) El océano sepulta el cuerpo de tu esposa.

CLE. (entre sí.) Terrible misterio!

JANO. Tu hija vive... está allí. (Señalando la habitación de Neyda.)

CLE. (con un movimiento de sorpresa y estupor.) Dios mío, ¡qué oigo!

JANO. (gozoso.) En mi poder.

NEY. (Cantando en su habitación.) Ángel custodio, tú que estás siempre á mi lado, ilumina el corazón de mi padre para que abraze nuestra fe.

(Jano al oír aquel canto, escucha sonriendo, cual si oyese un himno de amor. Cleto fija en su rostro la vista, pero su alma está conmovida por la voz de Neyda.)

NEY. (sigue el canto.) Sosten y alienta el triste corazón de los vendidos, y extiende tus candidas alas sobre los hijos del dolor!

CLE. Está orando, y nunca ha sido tan triste su canto.

JANO. Sí... este es el instante... del amor!

CLE. (Con sorpresa y adelantándose hácia Jano.) Qué?

JANO. Tú no eres mi hija, pero eres hermosa... (Con infernal sonrisa.)

CLE. Cielos! qué oigo!

JANO. Aquí estás...

CLE. ¡Qué horror!

JANO. Y en tus brazos...

CLE. Horrible designio!

JANO. Me embriagaré con tu amor.

(Dirigese presuroso hácia la habitación de Neyda.)

CLE. (Lanzándose á su encuentro lo rechaza con violencia.) Detente, monstruo!

JANO. (Lanzado al suelo, se despierta y mira en derredor sorprendido.) ¿Dónde estoy?... Estaba soñando...

(Neyda repitiendo la plegaria aparece en el umbral de la puerta de su habitación y se dirige hácia Jano que se ha levantado. Mientras se acerca á él para saludarle, Jano repara en Cleto, que permanece apartado en el foro.)

JANO (*á Cleto.*) Qué haces ahí? (*Con severidad.*)

CLE. (*señalando el terrado.*) Se aclara el cielo.

JANO (*violentamente.*) Qué haces? Para los días de fiesta tienes corto el sueño; pero en los de trabajo estás soñoliento y pesado en tu covacha.

CLE. (*conteniéndose con dificultad.*) Yo?

JANO. Sí! Baja la frente, vil siervo!

NEY. (*Acariciando á Jano para que se calme.*) Cálmate, por Dios; cuando te irritas me haces temblar. (*Se oye un cañonazo lejano.*)

JANO. Un buque!... (*A Cleto.*) Lo divisas?

CLE. (*mirando desde el balcon.*) Ya está casi en la rada. Me parece un buque negrero... el *Aguila*.

NEY. ¡Oh gozo!

JANO (*á Cleto.*) Salgamos á su encuentro.

(*Cleto y Jano salen por la puerta de entrada, y Cleto, siguiendo á su amo, se vuelve á mirar con ternura á Neyda. Esta permanece apoyada en la balaustrada del balcon, con la vista fija en el mar. Poco á poco va despuntando el día, y la rosada luz del alba ilumina el risueño rostro de la joven.*)

NEY. Llega su buque!... ¡oh contento! A la claridad del alba ya le distinguen mis ojos!... Allí está... Gracias, ¡Dios mío! ¡Qué favorable viento tiene! Parece que apenas roza el agua. Ya diviso su bandera! Ya está aquí... ya llega á la orilla. ¡Oh inesperado gozo! Me ama... me lo prometió... y ha vuelto!

La playa sonríe con los rayos del sol, gorjean los pájaros sus alegres cantos, los céfiros susurran entre las ramas y las flores, y las selvas repiten un himno de amor.

Está de vuelta aquel ángel con tanta ansia esperado por mi alma fiel. Mi vida se convierte en un sueño dulcísimo, colmado de goces y de celestiales sonrisas.

(*Vase.*)

ESCENA II.

A bordo del *Aguila*.—La escena representa una parte del buque ya anclado.—A través de los palos, las cuerdas y las velas amainadas, se divisan las cimas de las montañas lejanas y las palmeras de la ribera.—La luz crepuscular ilumina el cielo y el mar tranquilo.—La chusma está dividida en varios grupos en la proa, en la cual ondea la bandera negra con un águila de plata.—Marcos y Lorenzo están sentados, fumando, sobre algunos rollos de cuerdas y observando á Hugo, que tiene la vista fija en la playa, apoyado en el parapeto del buque.

HUGO, LORENZO, MARCOS, marineros y grumetes.

MARIN. Y GRUM. El destino nos ha puesto sobre las olas y rodeados de peligros; somos hijos del océano; él ha sido nuestra cuna y ha de ser nuestro sepulcro.

HUGO (*entre sí.*) El mar silencioso espera el toque del Ave-María, y nuestro barco duerme en el seno de las fieles olas.

MARIN. Y GRUM. ¡Oh Virgen María! ¡Estrella del mar! A ti me confió la tierna madre mía; dignate velar sobre los marinos.

Al despuntar la aurora estamos todos despiertos; y haya calma ó ruja la tempestad acudimos alegres á la proa.

HUGO (*entre sí.*) Ángel de mis sueños, solo á ti deseo y adoro. ¿Y debería alejarme de tu vista? ¡Oh Neyda mía, cuánto te amo!

MARIN. Y GRUM. ¡Oh Virgen María! ¡Estrella del mar! A ti me confió la tierna madre mía; dignate velar sobre los marinos.

(*Lorenzo y Marcos se acercan á Hugo.*)

MAR. Hugo, ¿no piensas en la venganza?

HUGO. Pronto será cumplido el juramento que hice sobre la tumba de los Nancy.

LOR. (*á Hugo.*) Mi señor murió fiando en tu juramento.

HUGO. Huérfano desconocido, todo se lo debo á mi bienhechor: nombre, riquezas, honores.

Marcos, Lorenzo, oidme: antes que se acabe el día, vendrá Jano con alguno de los suyos. Yo le propondré el canje de dos esclavos con vosotros, y no es probable que advierta en ello el engaño.

Vosotros procuraréis despertar el corazón y los brazos de los infelices que gimen bajo su yugo.

LOR. Y MAR. Fácil nos será llevar á cabo tan osada empresa. Aquellas lloradas cenizas nos están clamando venganza.

ALGUNOS MARINEROS. Una barca.

HUGO. *(á Lorenzo y Marcos.)* Queridos amigos, árdua es la prueba que pido á vuestra amistad.

LOR. Y MAR. Y que nosotros con placer aceptamos.

HUGO. Gracias: séaos la suerte propicia.

LOR. Y MAR. Muera el negrero infame.

(Lorenzo y Marcos se confunden entre la chusma que está tendida en la proa. Hugo va á recibir á Jano, que sube á bordo con Neyda. La tripulación del Aguila se forma en ala al pasar los recién venidos.)

JANO. *(saludando á Hugo.)* Salud, capitán! Héme aquí puntual; venga la mano. *(Examinando la tripulación.)* Bravo! Tienes buena gente.

HUGO. Y muy valiente.

JANO. También yo soy del oficio; viejo lobo marino.—Amigo mío, ¡qué bella cosa es estivar la bodega con mercancía viviente!

NEY. *(en tono de dulce reconvención.)* Padre!

JANO. Pero una nave como esta es ciertamente una hermosa ave de rapiña. *(Algunos marineros traen licores.)* Buen tabaco, vino generoso y una vela al viento..... esta es la vida.

HUGO. *(á Jano.)* Bebamos.

JANO. *(al marinero que le lleva el licor.)* Escancia. *(Bebe.)* Buen licor es este: licor que incita á cantar. *(Bebe otra vez.)* Ea, escancia *(vuelve á beber)*, escancia más todavía.

(Mientras Jano, con el vaso en la mano, se vuelve al rededor mirando á algunos negros que están entre la chusma, Hugo se acerca á Neyda susurrándole algunas palabras al oído.)

HUGO. *(á Neyda.)* ¡Cuán triste estoy lejos de tí!

NEY. *(á Hugo.)* ¡Cuánto he suspirado y llorado por tí ocultamente!

JANO. *(volviéndose á Hugo.)* Hé! tú no bebes!

HUGO. Yo?... Sí. *(Bebe.)*

JANO. *(con ferocidad, levantando el vaso.)* Mueran nuestros enemigos! Ahora recuerdo la canción del negrero.

(Neyda se apoya en el parapeto del buque, no queriendo oír aquel canto. Hugo finge escucharlo sonriéndose. La chusma se mantiene á parte silenciosa.)

Las olas rugen bajo la proa veloz; el aquilón hace sonar su voz entre las velas y los cordajes. Pero el osado negrero vacía el vaso!— Los esclavos lloran y la tempestad arrecia: la chusma vela, cruje la nave, y salta; pero el intrépido negrero vacía el vaso!— Si alguno se atreve á disputarle la presa, mata. Impávido entre la sangre, siempre está de buen humor, se ríe, y osado negrero vacía el vaso!

(La campana del buque toca el Ave-Maria. La chusma, descubriéndose, se retira bajo cubierta. Jano, ya beodo, suelta una carcajada, y siguiendo á la tripulación desaparece también.—Empiezan á brillar las estrellas.)

HUGO. *(acercándose á Neyda.)* ¿Por qué estás triste?

NEY. Porque aborrezco tu oficio.

HUGO. ¡Oh Neyda mía! le tengo tanto odio como tú misma.

NEY. *(con alegría.)* Será verdad?

HUGO. Pero estás pálida.... tu mano está helada. Ángel mío, dime que no te adoro en vano!

Se aman la tierra y el aire; la noche y la alborada; el agua palpita sobre la ribera; todo lo creado es amor!

NEY. *(abandonándose á las caricias de Hugo.)* Siento en mi corazón un encanto que me arrastra hacia tí, y que llena mi alma de un placer sobrehumano.

(Sale la luna por cima de las montañas y su luz rielá en el mar.)

HUGO. Neyda, no ocultes tu bello rostro! Tus palabras me extasian, y tu sonrisa me trasporta á un cielo de delicias!

NEY. No me lisonjees: te abro ingenuamente mi corazón. Por Dios, no te burles de la infeliz que se fia á tu honor.

VOCES DE LA CHUSMA. *(Bajo cubierta.)* ¡Oh Virgen María! Estrella del mar! vela sobre los marinos!

NEY. *(levantando los ojos al cielo.)* Vela sobre mí!

HUGO. *(abrazándola.)* Permite que te estreche contra mi pecho!

NEY. Hugo!... amor mio!...

HUGO. Déjame aplicar un beso fraternal en tus inocentes labios!

(Neyda se abandona en brazos de Hugo, y el telon cae lentamente.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA III.

Selva de palmeras, bananos y otros árboles frondosos en follaje y flores. En el fondo la playa del mar. El día está clarísimo y el mar bonancible.

HUGO, LORENZO y MARCOS.

HUGO. *(Saliendo de la espesura de la selva.)* Sonó ya la hora convenida. *(Descubre á Lorenzo y á Marcos que se dirigen con cautela á su encuentro.)* Ya están aquí.

LOR. y MAR. Señor.

HUGO. ¿Qué noticias traeis?

LOR. Todos los esclavos están prontos á rebelarse.

MAR. Solo de uno no he podido indagar el pensamiento; y es tal su prestigio, que á una mirada suya le siguen todos los negros.

LOR. *(á Hugo.)* Señor, no me fio de este hombre, pues es el esclavo más fiel de Jano.

HUGO. ¿Y creeis que no secundará la empresa? *(Mirando hácia la selva.)* Silencio... él viene...

MAR. Si se niega á seguirnos, mi mano pende sobre su cabeza!

LOR. Mi acero está pronto á herir!

(Se ocultan en la espesura de la selva.)

CLETO se adelanta pensativo. HUGO le sale al encuentro.

HUGO. ¿Tú aquí?

CLE. (*Deteniéndose confuso por el tono desusado con que Hugo le dirige la palabra.*) Señor.....

HUGO. ¿Por qué andas siempre tan triste?

CLE. Soy un miserable esclavo. ¿Por qué te tomas tanto interés por mí?

HUGO. Tus ojos me dicen lo que oculta tu corazón.

CLE. (*interrumpiéndole.*) Que soy un infeliz privado de todo bien.

HUGO. Nó, no temas, amigo; comprendo tu misterio.

CLE. Señor, os digo la verdad.....

HUGO. Escucha lo que voy á proponerte. Si el cielo te enviase á alguno que con brazo osado y fuerte rompiese tus hierros y los de tus hermanos..... (*Cleto hace un movimiento de sorpresa.*)

CLE. Proseguid.

HUGO. Oye: ¿estarías contento atado á los piés de tu amo, y le serías fiel?

CLE. ¿A mi amo? (*En voz baja á Hugo.*) Tengo el corazón de hombre libre y no de esclavo. El odio y el furor rugen en mi pecho, como un león hambriento en la espesa selva.

HUGO. Pues bien; ha llegado el día de tu rescate. Hagamos un sagrado pacto.....

CLE. (*Con desconfianza.*) Nó, tú me engañas, nó.

HUGO. ¿No lees en mi rostro que no sé mentir, y que puedo ofrecerte todo lo que el cielo te ha quitado?

CLE. ¡También tú eres negrero!

HUGO. Lo soy para salvarte. Pues bien; fuerza es que me creas. (*Dándole un bolsillo.*) Toma este oro, y tú mismo podrás comprar tu libertad.

CLE. (*fuera de sí de gozo.*) La libertad! la libertad! Gran Dios! Ya no seré humillado, oprimido..... pero nó, esto es un sueño!

Un nuevo valor se despierta en mi corazón. Rota la

esclavitud! Ya puedo erguir la cabeza. Llegó por fin la hora; ya puedo volar con rápido buque á través de las olas!

HUGO. Conmigo irás á los países libres, donde son iguales el siervo y el señor, donde cae sobre la cabeza del opresor el rigor de la justicia. A la otra parte del mar pasarás días tranquilos y alegres.....

CLE. Me estás pintando un paraíso.

HUGO. Ese paraíso es mi patria! Ven. Mas antes venganza!

CLE. Contigo partiré!

(*Hugo y Cleto vanse precipitadamente de la escena, siguiéndoles Lorenzo y Marcos, que salen de su escondrijo.*)

Muchos esclavos atraviesan la selva cargados de cañas de azúcar y con cestos llenos de pescado en la cabeza. Las mujeres, seguidas por los niños, van hilando algodón y llevan cestas de frutas. NEYDA viene también de la playa. — Los esclavos la saludan y se detienen en varios grupos. Ella responde á su saludo con una sonrisa, pero luego queda pensativa.

NEY. (*entre sí.*) Sus labios no profirieron juramento alguno. Demasiado ligera anduve en descubrirle mi corazón. Seré su esposa? ¡ah, sí! me ama, y santificará nuestro amor.

El dulce soplo que viene del mar es un feliz presagio que sosiega mi alma y la tranquiliza. (*A las esclavas.*) Acercaos, queridas, (*á los hombres*) y vosotros también sentaos á la sombra.

ESCLAVOS Y ESCLAVAS. Gracias, señora.

(*Todos sueltan sus fardos y se tienden á la sombra de los árboles, formando varios grupos.*)

NEY. El bosque está lleno de suaves armonías, y el eco parece gozarse en repetir las á los montes y al mar. Ahora que el sol está en la mitad de su carrera, gozemos la fresca sombra; las hojas brillan como esmeraldas; el pájaro suelta su canto, y las auras del templado abril nos traen sonos de amor.

(*Oyese un rumor de instrumentos salvajes; los esclavos y sus mujeres se ponen en pie.*)

NEY. (*sorprendida.*) ¿Qué rumor es ese?

VOCES LEJANAS. Venganza! libertad!

NEY. (*á los esclavos.*) ¿Oís esos gritos?

(*Los esclavos y las esclavas, volviéndose hácia el foro, levantando los brazos en actitud amenazante y con alegría feroz.*)

Venganza! libertad!

(*Desaparecen rápidamente en el bosque. Neyda permanece atónita y espantada.*)

NEY. Todos me han abandonado. (*Mirando á la derecha del foro.*) Una cohorte de negros ha rodeado la casa! (*Con miedo creciente.*) Asistidme, Dios mio!

VOCES DE DENTRO. Muera el negrero, muera!

NEY. (*Viendo levantarse algunas llamas, cuya claridad se refleja en los árboles del bosque.*) Fuego!.... fuego!.... ¡Qué horror!

(*Llena de terror, se tapa el rostro.*)

CLETO armado con una hacha corre hácia Neyda, y ella se arroja á sus piés.

NEY. La vida, por Dios!

CLE. (*levantándola.*) ¿No confías ya en tu esclavo? Te juro que he venido á ponerme á tu lado para salvarte, y el que se atreva á insultarte, morirá.

NEY. ¿No tendrán compasion de mi padre? Acude á socorrerle!

CLE. ¿A aquel malvado? jamás. Los esclavos están como fieras sedientas de sangre, y le será imposible escapar con vida. (*Neyda hace un movimiento de dolor y de espanto.*) Ven, ven, confía en mí, te consagro mi sangre y mi vida.

NEY. (*fuera de sí por el terror.*) Hugo me ama, guíame hácia él.

CLE. ¿Qué dices? Él te ama! nó.

NEY. (*señalando el mar.*) Guíame hácia allá.

CLE. ¿Qué me pides? Te han vendido!

NEY. (*Con desesperacion.*) Gran Dios! Tú me engañas....

CLE. Nó, créeme, él es quien ha armado á los esclavos.

NEY. ¿Él?

CLE. Te lo juro.

NEY. ¡Traidor!

CLE. ¡Oh Neyda!

NEY. ¡Desventurada de mí!

VOCES DE DENTRO. Muera! muera!

NEY. ¡Oh terror!

CLE. No temas, sígueme. (*Arrastrándola hácia el bosque.*) Esta ilimitada selva nos abre sus brazos. Nadie nos disputará ese paso, y yo conozco todas sus sendas. (*Se internan en la selva y desaparecen.*)

Una turba de esclavos y esclavas, armados de hoces, cuchillos y escopetas conducen á JANO.

JANO. Soy viejo é inerte, y vosotros sois muchos! ¿Qué precio pedís por mi vida?

ESCLAVOS Y ESCLAVAS. Queremos tu sangre! disponte á morir! el infierno te llama. Venganza! venganza!

ESCLAVOS. ¿Tiembles, cobarde? Miranos; somos los que pálidos y macilentos hemos tenido que sufrir la sed, los azotes, los ayunos, las llagas y los rigores de un sol abrasador.

Todos. Queremos tu sangre! disponte á morir! el infierno te llama. Venganza! venganza!

ESCLAVAS. Nos has arrancado del pecho á los hijos llorando; los has amontonado en carros para ser llevados á tierras lejanas. ¿Qué has hecho de ellos? ¡Infame! has vendido los hijos de las infelices madres!

Todos. Queremos tu sangre! disponte á morir! el infierno te llama. Venganza! venganza!

(*Mientras levantan las armas para herirle y él se deja caer al suelo, lleno de terror, llega Hugo con la espada en la mano, abriéndose paso á través de la multitud.*)

HUGO y dichos.

HUGO. El que ha de vengaros á todos soy yo. (*Los esclavos le abren paso y se retiran.*) Levanta la frente, vil negrero. Tu perseguidor me amó como á un hijo. (*Jano hace un movimiento de sorpresa.*) Ahora cumplo mi juramento, y queda vengado el honor de los Nancy.

JANO (*al ver vibrar sobre su cabeza la espada de Hugo, se postra á sus piés.*) Piedad! piedad! Mira como arrastro á tus piés mis canas! Concédeme un solo día de vida, una hora siquiera; deja que á lo menos pueda ver á mi hija!

HUGO (*entre sí.*) El acero temido en el campo del honor no puede caer sobre una cabeza encanecida. Debería, mas no me atrevo, atravesarle el corazón; un sentimiento de piedad ha refrenado mi cólera.

ESCLAVOS Y ESCLAVAS. (*Con aire amenazador.*) Queremos tu sangre! disponte á morir! el infierno te llama. Venganza! venganza!

HUGO. Atadlo fuertemente como á un esclavo. (*Algunos esclavos le atan.*)

ESCLAVOS. ¡Muera!

HUGO (*defendiéndole.*) Él me pertenece. (*A Jano.*) Ahora quédate en esta soledad con tus remordimientos, maldito por el cielo!

JANO. Dejádme á lo menos á Neyda.

HUGO. ¿Neyda? Esta virgen está reservada á mi amor, y el mismo Marcos la conducirá á mi buque. ¿Te estremeras? Desde la playa oirás nuestros gritos de alegría. Esto será para tí peor que la muerte misma.

(*A los esclavos.*) Corramos! ya aparece en el mar su buque, pronto á dar las velas al viento, símbolo de libertad!

JANO (*entre sí.*) Vete, enemigo del negrero, pero tiembla. Yo vivo todavía, y el odio antiguo ruge en mi indómito corazón. (*Hugo y los esclavos corren hacia la playa, y Jano les sigue con una mirada de odio y amenazadora.* — *Cae el telón.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

ESCENA IV.

Habitación muy modesta en una casa de París. — A la izquierda una ventana que da á la calle. — Puertas á la derecha y en el foro.

NEYDA sola.

Hugo, bien mío, ¿dónde estás? Perdona á esta infeliz que, ignorando todos tus misterios, huía de tí. Mas la fama de tu venganza ha volado por todas partes, y lo he sabido todo. Te ando buscando en este populoso París, y quiero salvarte, ó dividir contigo tu funesta suerte.

Anhelante he seguido tus huellas, sin que me arrojase ningún peligro: he atravesado los desiertos y los mares para encontrarte, para vivir contigo. Virgen santa, Madre del Señor, sálvale y devuélvelo á mi amor.

Ebria todavía de sangre inocente, gobierna aquí una plebe desapiadada, con la rabia de un tigre furioso que rompió sus ataduras. Mi prosapia (siento helarse la sangre en mis venas!) está destinada al patíbulo; pero solo temo el peligro que corre Hugo, sin acordarme siquiera de mí misma. Virgen santa, Madre del Señor, sálvale y devuélvelo á mi amor.

- CLE. (*entrando por la puerta del foro.*) Señora.
- NEY. (*á Cleto con ansiedad.*) Vive?
- CLE. Ninguno de los Nancy ha ido al patíbulo: sin embargo, tu estirpe tiene muchos enemigos.
- NEY. Cielos!
- CLE. No sepa nadie de quién eres hija.
- NEY. (*con espanto.*) Ya han dirigido sobre nosotros sus miradas esas fieras? Hemos sido vendidos?
- CLE. Escúchame. No te fies de nadie, pues en cada pecho se oculta un delator.
- NEY. Dios mío!
- CLE. Pero el sacrificio de tu nombre podría abrirte un camino seguro para salvarte.
- NEY. No te entiendo, Cleto.
- CLE. Óyeme, pues todavía es tiempo. Podrás salvarte del patíbulo si das la mano á un hombre del pueblo.
- NEY. Sobre mi cabeza pende ¡ay de mí! el hacha del verdugo.
- CLE. Tú puedes evitarla y vivir.
- NEY. Si el terror me obligase á consentir en ello, siendo pobre y desconocida, ¿qué hombre habrá tan loco ó miserable que quiera abrirme su corazón?
- CLE. (*Volviéndose hacia Neyda como maravillado, y pudiendo refrenar apenas el ardiente ímpetu de su corazón.*) Qué hombre?... qué hombre?... Tu fiel esclavo.
- NEY. (*con sorpresa.*) Tú?
- CLE. (*con humildad.*) Para salvarte...
- NEY. (*no pudiendo disimular su desagrado.*) Cielos!
- CLE. Te estremeces?... Te he ofendido?... ¡Infeliz de mí! No llores, nó, perdóname: mírame postrado á tus plantas! (*Se arrodilla á los pies de Neyda y prosigue con amargura.*)
- Sé que Dios ha impreso en mi rostro la noche eterna y el tenebroso horror; y en el tuyo, oh Neyda, todo un paraíso de inmortal candor y de celeste luz! Por Dios, perdóname: déjame volver á ver tu pura y tranquila mirada; ni siquiera he osado con el pensamiento aplicar el labio á la orla de tu vestido.

- NEY. (*levantándose conmovida.*) Corazón generoso, que solo miras por mí bien, yo perdonarte? nó, no lo digas; tú has de perdonarme las palabras que pronunciaron, sin querer, mis turbados labios.
- (*Se oye en la calle un toque de tambor. Cleto corre á la ventana.*)
- NEY. Otra escena sangrienta? Cielos! (*Cleto arroja un grito de sorpresa.*) Cleto, qué tienes? qué has visto? (*Es-pantada.*)
- CLE. No he visto nada...
- NEY. Mientes... (*Dirigiéndose á la ventana.*)
- CLE. (*deteniéndola.*) Señora...
- NEY. (*rechazándole.*) Déjame... (*Mirando á la calle.*) Gran Dios! es Hugo... es mi esposo!!
- (*Voces en la calle que se van acercando.*) El hacha vengadora con el sol resplandece, y el verdugo está inmóvil en el cadalso esperando nuevas víctimas. Los cetros y las coronas están reducidos á polvo; los altares han sido destruidos, y la diosa Razon dispensa la libertad á los pueblos.
- El pueblo será el señor, y el opresor atado y condenado á muerte. El pueblo, poderoso y fuerte, querrá sangre, igualdad y libertad.
- CLE. (*procurando animar á Neyda.*) Está oculto y nadie le conoce; tranquilízate.
- NEY. Ah! nó, corre, no tardes; si alguien le descubre está perdido. Condúcelo aquí, vé pronto.
- CLE. Neyda!... (*Haciendo un esfuerzo supremo.*) Horrendo sacrificio del corazón! (*Vase.*)
- NEY. (*entre sí.*) Y si no le encuentra? Si no debiese volver á verle?... Horrible idea! ¿Qué hago que no vuelvo á su encuentro? (*Casi fuera de sí.*) Ante mis ojos se levanta el cadalso ensangrentado... una turba de gente horrible aparece... él... mi esposo... es arrastrado al suplicio! Oh Virgen santa, Madre de Dios, dignate salvarle y devuélvelo á mi amor.
- (*Vase precipitadamente por la puerta del foro.*)

ESCENA V.

Gran plaza en un arrabal de París.— En el centro se levanta el árbol de la libertad.— A la derecha, bajo la enseña de un meson, algunos bancos y una mesa.

Ciudadanos y hombres del pueblo forman varios grupos en el fondo de la plaza; otros pasean.— La multitud, siguiendo los tambores y la banda de música, invade la plaza.— Algunos muchachos la preceden saltando.

CIUDADANOS Y HOMBRES DEL PUEBLO. El hacha vengadora con el sol resplandece, y el verdugo está inmóvil en el cadalso esperando nuevas víctimas.— Los cetros y las coronas están reducidos á polvo; los altares han sido destruidos, y la diosa Razon dispensa la libertad á los pueblos.

El pueblo será el señor, y el opresor atado y condenado á muerte. El pueblo, poderoso y fuerte, querrá sangre, igualdad y libertad.

(Algunos hombres del pueblo se sientan á la puerta del meson. Jano, pobremente vestido, está tambien sentado, pero algo apartado.— Una muchacha les sirve vino.)

HOMBRES DEL PUEBLO (acercándose á Jano). ¿Qué haces ahí, buen viejo?

JANO. Qué hago? bebo este vino, pienso en mi miseria, y descanso un poco.

HOM. ¿Por qué mientes de esta manera? Has hecho un buen botín, pero quieres ocultarnos el oro! Ea, viejo marrullero, es preciso que nos pagues de beber.

JANO. (Levantándose de mala gana, pero fingiendo alegría.) Está bien!

HOM. No hay para nosotros otro rey que el vaso.

JANO. Al pueblo le quedan dos piedras preciosas, más encarnadas que el rubí.

Todos. La sangre y el vino.

(Muchos hombres y mujeres, precedidos por Jano, entran en el meson; los demás permanecen en la plaza, divididos en varios grupos y conversando.— La parte anterior de la escena queda casi desierta.)

HUGO, LORENZO y MARCOS, en traje de marineros, se adelantan cautelosos.

HUGO. Uno de los carceleros ha accedido á mis deseos; entretendrá á la escolta, y los prisioneros podrán escaparse.

MAR. Ahora es preciso que te ocultes.

HUGO. Yo? nó por cierto; mi corazón apesadumbrado no estima la vida.

LOR. El amor ocupa toda tu imaginación.

HUGO. No te engañas. El destino me quitó á Neyda. Aquel día (al recordarlo me estremezco) la busqué por toda la nave, cargada de esclavos libertados, y no la hallé. Una súbita tempestad nos arrastraba lejos por entre terribles olas, y yo perdí para siempre á mi querida Neyda. (A Marcos.) Ahora vete.

MAR. ¡Ay de tí, si te conoce alguno!

HUGO. Adios: en cuanto anochezca reúne á nuestros amigos. (Marcos y Lorenzo se alejan.)

NEYDA atraviesa precipitadamente la plaza, y reparando en HUGO, corre hácia él y se echa en sus brazos.

NEY. Hugo!

HUGO. Cielos!... eres tú!...

NEY. Yo soy.

HUGO. Es posible que vuelva á verte, ángel mio!

NEY. ¡Oh gozo!

HUGO. Ven á mi corazón... ven!...

NEY. ¿Me amas todavía?

JANO (desde dentro del meson.) Volverémos á beber el día que me veréis llevar al patíbulo al conde de Nancy!

PUEBLO. Muy bien! beberémos.

NEY. (á Hugo, en voz baja y llena de terror.) Nuestro nombre... yo tiemblo!

(Jano sale del meson con muchos hombres, y la multitud se adelanta desde el fondo de la plaza.—Hugo y Neyda, antes que puedan evadirse, se encuentran cara á cara con Jano.)

HUGO. (Conociendo á Jano.) Tu padre!

NEY. (Reconociéndole tambien.) Cielos!

JANO. (Id.) Neyda! (A Hugo con sarcasmo.) Hola! con que vuelvo á encontrarte! Tú por aquí, buen plebeyo!

NEY. (á Jano en voz baja.) Piedad!

JANO. (á Neyda.) Vanos son tus ruegos. Es tanta mi alegría, cual será su terror al verse en el patíbulo.

HUGO. (lanzándose sobre Jano con un cuchillo.) Villano!

ALGUNOS PLEBEYOS. (deteniéndole y desarmándole.) Detente!

HUGO. (forcejando por soltarse.) Dejad que le traspase el corazon.

NEY. (siempre en voz baja á Jano.) Piedad! piedad!

JANO. Jamás.

NEY. Sálvale la vida.

JANO. NÓ! (A la muchedumbre.) Ciudadanos, os he hablado de un conde... (Movimiento general de atencion.) He jurado que lo llevaré al cadalso.

PUEB. Y bien?

NEY. Calla, por Dios!

JANO. El tal...

HUGO. (entre sí con ira.) Infame!

JANO. (señalando á Hugo.) Hélo aquí. Este es el conde de Nancy.

PUEB. (á Hugo, con sorpresa.) Tú... conde?...

HUGO. (disimulando.) Podeis creerlo? Soy un pobre marinero que me gano la vida con mis brazos, mis redes y mi barquilla. Si fuese rico, si fuese conde, no estaría aquí con vosotros, y no se leería en mi tostado rostro que está familiarizado con los ardores del sol y la furia de los huracanes.

(Estas palabras parecen convencer á muchos ciudadanos.)

JANO. (con ironía.) Con que tú aborreces el altar y al rey? Pues bien, compadre, bebe conmigo.

(Toma el vaso de la mano de uno de los concurrentes, y se

lo da á Hugo; luego levantando el suyo con infernal alegría.)

Brindo por la vergüenza de los Nancy! El pueblo ha de gozar de las impúdicas damas de aquella raza infame.

(Neyda hace un gesto de horror. Hugo se estremece. El pueblo le mira suspicaz.)

Quiero hollar con mis piés sus malditos sepulcros!

PUEB. (á Hugo.) No bebes tú?

HUGO. (con energia.) NÓ! Maldiga Dios tan impías palabras! Desafio vuestro furor, y con la frente levantada grito...

NEY. (á Hugo.) Calla!

HUGO. Yo soy el conde de Nancy.

(Neyda permanece aterrorizada junto á Hugo, y la turba le rodea amenazadora.)

PUEB. (á Hugo.) Traidor, tendrás la misma suerte que los reyes.

JANO. Ciudadanos, séame devuelta esa mujer (acercándose á Neyda) que quiere huir de su amoroso padre.

NEY. (con altivez.) Mi padre tú, vil embustero! (Hugo hace un movimiento de sorpresa.) ¿Puedes fijar en mí la vista? Ya no temo nada en el mundo. (Al pueblo.) En mí veis á la hija de un Nancy. (A Jano.) ¿Podrás desmentirlo?

HUGO. Tú, Neyda! Qué escucho!

NEY. Sí, contigo debo morir!

HUGO. (á Neyda con voz desgarradora.) Morir tú, oh Neyda mía, ángel santo é inmaculado!

NEY. Arrostrems con valor la muerte; ella será nuestro altar!

HUGO. Cruel destino! que no pueda yo salvar á esta inocente víctima!

JANO. (con mayor insistencia á Neyda.) Estás condenada á morir por mano del verdugo. Haz mi voluntad, y no morirás.

NEY. (abrazando á Hugo.) Hugo mio! contigo moriré!

PUEB. La infame cabeza de los Nancy caerá en el patíbulo.

CLETO y dichos.

CLE. (*Abriéndose paso entre la muchedumbre, disputa Neyda al pueblo, y armado con un largo cuchillo mantiene al pueblo á cierta distancia.*) ¿Quién será capaz de arrebatar su presa al león de las selvas? (*A Neyda.*) No temas, para tí no hay ningún peligro.

PUEB. (*Sorprendido por la audacia del moro.*) Qué osadía!

CLE. (*al pueblo.*) Es mi esposa! Soy hijo del pueblo, y quiero que se me devuelva mi mujer.

(*El pueblo desiste de perseguir á Neyda y rodea á Hugo.*
—*Jano procura evitar el ser visto por el moro, y se esconde entre la turba.*)

HUGO (*con amargura.*) Su esposa!...

PUEB. (*empujándolo.*) Muera!

CLE. (*en voz baja pero con energía á Neyda.*) Sígueme y calla! Quiero salvarte.

NEY. Por compasión, déjame.

CLE. (*arrastrándola.*) No lo esperes.

NEY. Ah!

CLE. Nó!

HUGO. Un esclavo ha subido al tálamo reservado á nuestro amor.

NEY. Gran Dios! (*A Hugo desde lejos.*) Escúchame...

HUGO. (*Mientras el pueblo lo arrastra consigo.*) Pérfida! me has destrozado el corazón.

NEY. (*Haciendo un extremo esfuerzo para soltarse.*) Por Dios, apiádate de mí! La palma del martirio me espera con él en el cielo.

CLE. (*á Neyda.*) En vano pretendes con tus lágrimas sustraerte de mi poder: he de luchar con el destino para salvarte, ó he de morir contigo.

JANO (*entre sí.*) Mi corazón rebosa de alegría, pues verá morir á ese hombre (*señalando á Hugo*) y arrebataré á ese negro demonio (*señalando á Cleto*) mi querida Neyda.

PUEB. (*Llevándose á Hugo.*) Aherrojado, y en estrecha cárcel, tu propio furor sea tu mayor verdugo. Ya está vengado el pueblo! Muera el traidor!

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO CUARTO.

ESCENA VI.

Oscura cárcel. Es de noche, y de una de las bóvedas cuelga una lámpara medio apagada.

HUGO está echado sobre un mal jergón.

Voz (*lejana.*) Alerta!

Voz (*más lejana.*) Alerta!

Voz (*mucho más lejana.*) Alerta está!

HUGO (*levantándose del jergón.*) A mi alrededor vagan fantasmas en la oscuridad. Asoma, luz del día, en mi funesto calabozo: ya estoy dispuesto para entregar mi cabeza al hacha del verdugo.

Un solitario y antiguo sepulcro encierra los restos de los Nancy; al lucir el nuevo día, á él bajaré yo también. Tú, Neyda, oculta y sola, irás á visitar mis despojos, y desde la tumba escucharé el llanto que consuela. ¡Necio de mí! olvido el lazo que te une á ese vil esclavo; ¡cuánto mejor habría sido para tí el cadalso que tener á ese hombre por esposo! Si el furor de sus celos no lo impide, ven á rezar ante la cruz de mi sepulcro, y mis huesos se estremecerán de amor.

CLETO entrando por una puerta excusada.

CLE. ¿Dónde estás?

HUGO. ¿Qué voz es esta? (*Reconociéndole.*) Cleto... aquí...

¿qué quieres?

CLE. Señor, vengo á librarte de la muerte.

HUGO. ¡Qué dices!

CLE. Huyamos, todavía es tiempo.

HUGO. ¿Quieres salvarme la vida ó apresurar mi muerte?

CLE. ¡Yo!

HUGO (*con amargura.*) Neyda es tu esposa.....

CLE. (*interrumpiéndole.*) La salvé con una mentira. Su amor solo á tí está reservado.

HUGO. ¿Su amor? ¡cielos! ¡qué dices!

CLE. He jurado que sería tu esposa, pues su corazón te ha sido siempre fiel.

He emborrachado á la guardia, y ahora están todos durmiendo; ¡ay de tí si te amanece en este sitio! Las sombras protegen nuestra fuga; no hay que titubear un solo momento. No he olvidado que era esclavo y que á tí te debo la libertad; quiero, pues, librarte del terrible destino que te amenaza.

HUGO (*abrazando á Cleto.*) Sí, huyamos; guíame á donde está mi ángel. Hacia tí vuelo, Neyda mía, embriagado de amor. (*Se evaden.*)

ESCENA VII.

Playa del mar cerca de Calais. A la izquierda una humilde cabaña, de la cual se ven la puerta y la ventana. Una barquilla está aparejada entre los escollos. El cielo está nebuloso, el mar agitado y pálida la luz del crepúsculo. Se oyen truenos lejanos, y algun relámpago alumbraba el horizonte.

JANO se introduce con cautela entre los escollos.

JANO. (*Mirando la cabaña.*) ¡Sola en Calais! Desde París sigo ocultamente tus pasos, hija de Nancy. Esta es la

cabaña en que te ocultas. El esclavo está lejos todavía. A Hugo, decapitado, le cubre la tierra. Pronto serás mía, oh Neyda, aunque debiese atravesar un mar de sangre. (*La tempestad va aproximándose.*) El día llegaba á su ocaso, como hoy, y estaba tempestuoso, cuando el brazo del vengativo negrero robó á tu madre y á tí, niña todavía, de vuestra mansion. Hace ya tres lustros, y hoy todavía se levanta la espuma sobre las rugientes olas, y bajan las nubes cual fúnebre velo. El viento sopla con fuerza y levanta terribles olas, y brilla el relámpago en el mar y en el cielo.

(*Se oscurece y el temporal arrecia.*)

Desafío al cielo y á sus rayos. Desafío al destino, y me río de su poder, cual escollo que levanta su soberbia cabeza en medio del mar, y aparece durante la tempestad.

(*Corre hacia la puerta de la cabaña y llama repetidas veces.*)

MARINERO (*desde dentro.*) ¿Quién llama?

JANO (*con voz fingida.*) ¡Socorredme! soy un viejo pescador que ha perdido su barquilla entre los escollos por la fuerza del temporal. Hermano, apiadaos de mí.

MARINERO (*desde la ventana.*) Espera, ya voy.

JANO (*entre sí.*) Ahora está ya en mi poder, y este hombre caerá muerto á mis pies.

MARINERO. (*Aparece á la puerta de la cabaña, y se dirige á donde está Jano.*) Qué noche! qué huracan! ¿Dónde está la barca? (*A Jano.*)

JANO. Allí está. (*Mostrándole los escollos.*)

(*El marinero sigue á Jano. El temporal está en toda su fuerza, y entre el estampido del trueno se oye un agudo grito de dolor. Jano vuelve á la escena con el capote del marinero y el puñal desenvainado.*)

Un gemido, y desapareció.

(*Envaina otra vez el puñal y se dirige á la cabaña.*)

¡Por fin estamos solos! Frágil es la puerta para mi brazo. (*La tempestad empieza á calmarse. Neyda se asoma á la ventana.*)

- JANO. *(Con un movimiento de alegría.)* Ah!
- NEY. Ha cesado el viento y ya no ruge el trueno.
- JANO. *(Permanece inmóvil contemplándola.)* Es ella!
(El mar se calma, las nubes desaparecen, y en el cielo brillan las estrellas.)
- NEY. Se ha calmado la tempestad, aparecen las estrellas y el cielo está sereno. Buen Dios, protege su fuga, y sálvale.
- JANO. *(Airado contra si mismo.)* ¿Qué aguardas pues, viejo cobarde? Tiembla tu brazo? No tienes corazon de negrero? Vamos! *(Corre hacia la cabaña.)*
- HUGO *(desde dentro.)* Neyda! *(Jano se detiene aterrorizado.)*
- NEY. *(dando un grito de alegría.)* Cielos!
- JANO. Maldición! *(Corre hacia la barca, donde se acurruca, tapándose con el capote del marinero.)*

CLETO y HUGO llegan rápidamente por la parte opuesta á la cabaña.

- CLE. Tú, vé á reunirse con ella. Os aguardo á la orilla.
(Señalando el mar.) El Aguila está allí: si Dios nos protege, á una señal mia se dirigirá hacia aquí al momento. *(Corre hacia la playa.)*
- NEY. Esposo mio! *(Sale de la cabaña y se arroja á los brazos de Hugo.)*
- HUGO. Por fin vuelvo á verte y te estrecho contra mi seno! Ya se va serenando el oscuro porvenir.
- NEY. Acabáronse ya las angustias y las lágrimas: vuelvo á recobrar la sonrisa de los pasados tiempos.
- HUGO. Huyamos de esta tierra, y acojámonos pronto en la fiel Inglaterra.
- NEY. Vivirémos sin sentir más que un solo deseo, entre los alegres sueños de un porvenir venturoso.
- HUGO. Allí está la barca.
- NEY. La tempestad ha escampado.

- HUGO. Ya parece que el mar en calma nos prepara un asilo más fiel.
- NEY. *(Con ternura.)* En el mar te ví por vez primera.
- HUGO. En el mar te declaré el primer suspiro del alma...
- NEY. Hoy en el mar un dulce éxtasis embarga mi corazon.
- HUGO. Y respiro un ambiente de libertad y amor.

CLETO corriendo desde la playa.

- CLE. Pronto, pronto, los remos al agua. *(A Hugo.)* Tu buque ha contestado á mi seña.
- NEY. Gracias, Dios mio!
- HUGO. Estamos salvados.
(Cleto, corriendo hacia la barca, repara en Jano, que se figura ser el marinero.)
- CLE. Ea! estás durmiendo? *(Jano le hiere.)* Ah!
- HUGO y NEY. Cleto!
- (Cleto arranca el puñal de la mano del que le ha herido y se lo clava en el corazon.)*
- JANO. Yo muero!
- CLE. *(á Jano.)* Infame! Vé á decir al infierno que la mano de un negro se ha vengado del negrero. *(Arroja á Jano al mar.)*
- NEY. ¡Ah! Jano. *(Reconociéndole.)*
- CLE. Ha muerto, y queda vengado tu padre, Neyda. *(Da algunos pasos vacilando.)*
- NEY. ¿Qué tienes, Cleto?
- HUGO. Está herido.
- NEY. Herido!
- CLE. Pero te he salvado! Oh! abandóname á mi destino. *(Hugo y Neyda le sostienen.)* Devuelvo á la tierra estos negros despojos, y cumplo un voto que he tenido oculto en mi corazon. Mi alma fatigada dirige al cielo su vuelo; pero tú eres feliz.
- NEY. Ah! no morirás! Hermano mio!

CLE. ¡Qué dulce nombre has pronunciado! repítelo por Dios, y en esta última despedida, consuele tan grata palabra mi muerte. Neyda! pon tu mano sobre mi corazón!

NEY. No hables así... has de vivir.

CLE. Deja que te contemple todavía.

NEY. Quiero volverte á la vida. Tened piedad de él, Señor! Va á espirar: terrible angustia!

CLE. (á Neyda.) ¡Cuán dulce es morir por tí!

HUGO. ¡Oh víctima generosa!

CLE. Veo abrirse á mis ojos el cielo.

HUGO. ¿Y morirá, gran Dios, sin poderle dar ningun socorro?

CLE. (Levantándose con un esfuerzo supremo.) He amado, cuanto solo puede amar un negro en la esclavitud, el rostro inmaculado de una cándida belleza. (Mirando á Neyda.)

HUGO. Cleto!

NEY. Hermano!

CLE. (A Neyda con voz casi apagada.) Neyda, yo te adoré...

NEY. Gran Dios! qué dices?

CLE. Como se adora al cielo, á la libertad!... (Muere.)

(Hugo y Neyda se postran.)

Cae lentamente el telon.

FIN.

Libretos de las óperas que se venden en la calle de las Cortes, 297, bajos.

- Rossini.** Semiramide.
 — La Cenerentola.
 — La Gazza ladra.
 — Il Barbiere di Siviglia.
 — Otello.
 — Guglielmo Tell.
 — Il Nuovo Mosè.
 — Matilde di Shabran.
 — L'Italiana in Algeri.
 — Il Conte Ory.
- Donizetti.** D. Pasquale.
 — La Regina di Golconda.
 — D. Sebastiano.
 — La Favorita.
 — I Martiri.
 — Maria di Rohan.
 — Il Furioso.
 — L' Elisir d' amore.
 — Il Campanello.
 — Lucia di Lammermoor.
 — Lucrezia Borgia.
 — Linda di Chamounix.
 — Gemma di Vergy.
 — Imelda di Lambertazzi.
 — Anna Bolena.
 — Roberto Devereux.
 — La Figlia del Reggimento.
 — Poltuto.
 — Belisario.
 — Marino Faliero.
 — Parisina.
- Bellini.** La Sonnambula.
 — I Capuletti ed i Montecchi.
 — Beatrice di Tenda.
 — Il Pirata.
 — Norma.
 — I Puritani.
- Verdi.** Nabucodonosor.
 — Macbeth.
 — Attila.
 — Rigoletto.
 — Il Trovatore.
 — Alzira.
 — La Traviata.
 — Luisa Miller.
 — I vespri siciliani.
 — I due Foscari.
 — Hernani.
 — Stiffelio.
 — Un Ballo in maschera.
 — Simon Boccanegra.
 — Aroldo.
 — I Lombardi alla prima crociata.
 — La fuerza del destino.
 — Don Carlos.
- Pacini.** Bondelmonte.
 — Saffo.
 — Lorenzino de Medici.
- Il Saltimbanco.
Meyerbeer. Roberto il diavolo.
 — Gli Ugonotti.
 — Il Profeta.
 — L' Africana.
 — Dinorah.
- Bonetti.** Giovanna Shore.
Mercadante. Orazii e Curiatii.
 — La Vestale.
 — Leonora.
 — Il Bravo.
 — Il Giuramento.
 — Pelagio.
 — Il Reggente di Scozia.
- Ricci.** Il Birrajo di Preston.
 — Crispino e la Comare.
 — Chiara di Rosenberg.
 — Corrado di Altamura.
 — Un' avventura di Scaramuccia.
 — Il Nuovo Figaro.
- Petrella.** L' Assedio di Leida.
 — La contessa Amalfi.
 — Il Carnevale di Venezia.
 — Jone.
- Fioravanti.** Il Ritorno di Columella.
 — Don Procopio.
- Pedrotti.** Fiorina.
 — Tutti in maschera.
- Peri.** Vittore Pisani.
 — Giuditta.
- Auber.** La Muta di Portici.
 — Fra-Diavolo.
- Apolloni.** L' Ebreo.
Cappa. Giovanna di Castiglia.
Herold. Zampa.
Mazza. Prova d' un' opera seria.
Manent. Gualtiero di Monsonis.
Giosa. Don Checco.
Halevy. L' Ebreo (Juive).
 — Carlos VI.
- Guañabens.** Arnaldo di Erill.
Sanelli. Il Forneretto.
Weber. Il Freyschütz.
Flotow. Marta.
de Ferrari. Pipele.
Gounod. Faust.
 — Romeo y Julieta.
- Cagnoni.** La Valle d' Andorra.
Bottesini. Maria Delorme.
Thomas. Il Caid.
 — Mignon.
- Mozart.** D. Giovanni Tenorio.
Sanchez. Rahabba.
Española. La Hermana de Pelayo.
Marchetti. Ruy-Blas.
Baraldi. L' Orfanella.
Gomez. El Guarani.
Manzocchi. El Negrero.